

NADA ME FALTARÁ

30 MEDITACIONES
SOBRE SALMOS DE ESPERANZA



Nada me faltará: 30 meditaciones sobre Salmos de esperanza
Copyright © 2020 por B&H Español
Todos los derechos reservados.
Derechos internacionales registrados.

B&H Publishing Group
Nashville, TN 37234

Clasificación Decimal Dewey:
Clasifíquese:

A menos que se indique lo contrario, las letras de los himnos presentados en esta obra no son las versiones oficiales, en caso de haberlas, sino que han sido traducidas de manera literal con el fin de mantener la esencia de la letra original.

Toda dirección de Internet contenida en este libro se ofrece solo como un recurso. No intentan condonar ni implican un respaldo por parte de B&H Publishing Group. Además, B&H no respalda el contenido de estos sitios.

A menos que se indique otra cosa, las citas bíblicas se han tomado de La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional®, © 1999 por Biblica, Inc. ®. Usadas con permiso. Todos los derechos reservados. Las citas bíblicas marcadas LBLA se tomaron de LA BIBLIA DE LAS AMÉRICAS, © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Usadas con permiso. Las citas bíblicas marcadas RVR1960 se tomaron de la versión *Reina-Valera 1960* © 1960 por Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Usadas con permiso. *Reina-Valera 1960* ® es una marca registrada de las Sociedades Bíblicas Unidas y puede ser usada solo bajo licencia.

NADA ME FALTARÁ

30 MEDITACIONES sobre Salmos de esperanza

UNA NOTA DEL EDITOR

Carlos Spurgeon, el famoso predicador del Siglo XIX, alguna vez dijo: «He aprendido a amar las olas que me golpean contra la Roca eterna». El sufrimiento tiene una cualidad única de mostrarnos nuestra necesidad de Dios, ¿no es así? Primero, nos desestabiliza de las cosas que pensábamos que perdurarían para siempre. Luego, nos muestra lo frágiles que son los ídolos de nuestro corazón. Finalmente, si estamos en Cristo, nos lleva a la Roca eterna para anclarnos en Él y recordarnos que Él es nuestro inmovible sostén en la tribulación.

El libro de los Salmos es, en su mayoría, una colección de respuestas piadosas a las olas de esta vida. En ellos encontramos a personas vulnerables que nos hablan de su experiencia con el dolor, la ansiedad, la depresión y el temor. En los Salmos encontramos oraciones inspiradas por Dios que nos enseñan que Él se complace en escucharnos en nuestra fragilidad. Oraciones como «Roca mía, ¿por qué te has olvidado de mí?» (Sal. 42:9) y «Me has puesto en el hoyo profundo, en tinieblas, en lugares profundos» (Sal. 88:6) son bienvenidas ante el trono de la gracia. Parte de lo que significa amar a Dios con todo nuestro corazón es precisamente llevar nuestra

alma tal y como está delante de Él.

Así, te animo a que uses estos devocionales de esperanza en los Salmos como una guía de oración y una brújula ante tu propia situación. Mi oración es que, al pasar por aguas turbulentas, estos devocionales puedan recordarte en Quién estás parado, y puedas decir como el salmista: *Nada me faltará*.

Gracia y paz,

Giancarlo Montemayor

Director editorial, B&H y Biblias Holman

Día 1

SALMO 31

«Inclina a mí Tu oído, rescátame pronto; sé para mí
roca fuerte, fortaleza para salvarme»
(Sal. 31:2).

Si pudiera algún día conversar con David, el rey autor de muchos salmos, esto es algo de lo que quisiera decirle: «Gracias por ser real». No sé si en la eternidad será posible; pero si lo fuera, creo que esas serían mis palabras. Al menos, algunas de ellas.

El Libro de los Salmos está entre los favoritos de la mayoría de los cristianos, y creo que se debe al hecho de que nos podemos identificar mucho con esos versos. Los salmos fueron escritos por personas tristes, alegres, frustradas, a veces solitarias, temerosas, valientes, llenas de amor, llenas de rabia. Sí, así es. Aquí no tengo espacio suficiente, pero si estudias los salmos con cuidado verás que todas estas emociones figuran entre sus páginas.

Por estos días el mundo vive momentos oscuros, bajos; días en el valle de la tribulación, la incertidumbre, el temor, la ansiedad. Y, ¿sabes?, los momentos oscuros de la vida pueden llevarnos a muchos lugares, nosotros tenemos que decidir a cuál iremos. He

llegado a la conclusión de que el único lugar seguro es la Palabra de Dios y Su presencia. En cuanto me salgo de allí el momento difícil se vuelve todavía más bajo y oscuro.

Así que, leyendo el libro de Salmos, llegué al 31, un salmo donde su autor, David, suplica a Dios protección y ayuda. Si leemos el versículo 2 encontramos una oración suplicante: «Inclina a mí Tu oído, rescátame pronto; sé para mí roca fuerte, fortaleza para salvarme» (NBLA). Estas son las palabras de alguien que sabía dónde acudir en momentos de angustia y debilidad. Dios escucha. Nuestras oraciones no se quedan en el techo. En días como estos que hoy vivimos, la preocupación solo produce más preocupación y ansiedad. Corramos a Dios y abrámosle nuestro corazón, no solo porque nos escucha, sino porque es nuestra roca, Él permanece firme, nos sostiene.

Además, David dice: «Me gozaré y me alegraré en Tu misericordia, porque Tú has visto mi aflicción; has conocido las angustias de mi alma» (Sal. 31:7). ¿Te percastaste? En medio de circunstancias difíciles, había un motivo de alegría: la misericordia de Dios. Esa nunca se agota, es nueva cada mañana, ¡y de ahí que podamos alegrarnos! Es una alegría que no depende de las circunstancias, sino de Dios, que domina las circunstancias y que no solo nos escucha, sino que ve nuestra angustia. ¡No estamos solos en esta situación!

Nuestras vidas están seguras en Dios: «Y no me has entregado en manos del enemigo; tú has puesto mis pies en lugar espacioso» (v. 8). David escribió este salmo en medio de la angustia de la persecución. En esta pandemia nos «persigue» un enemigo microscópico, dañino y poderoso. Pero nuestro Dios es el mismo; incluso si nos tocara atravesar una enfermedad temible, ¡tenemos Su promesa de llevarnos más allá de la muerte porque Cristo la venció! Por su obra en la cruz sabemos que pase lo que pase, el Señor nos pondrá en ese lugar espacioso, hermoso, perfecto que es Su presencia eterna.

Día 2

SALMO 18

«El SEÑOR es mi roca, mi amparo, mi libertador; es mi Dios, el peñasco en que me refugio»
(Sal. 18:2).

«Gracias». En muchas ocasiones se ha convertido en una expresión de protocolo. Sin embargo, en la Biblia, las gracias vienen con una expectativa. Dios tiene el derecho y la expectativa de que el humano le dé gracias. No solo por lo que ha hecho sino por lo que va a hacer. Gracias por lo que vendrá. Sea bueno o malo a la perspectiva humana, todos debemos reconocer que nada es merecido.

Vivimos probablemente en la generación con el más fuerte sentido de derecho e individualismo. Basamos nuestros deseos, reclamos y peticiones en cierto sentido de derecho y expectativa. La falta de acción de gracias es constantemente provocada por una mala memoria. Es común que evoquemos las memorias más dolorosas y empaticemos con el dolor a pesar de los años que puedan haber pasado, pero no hacemos lo mismo con los beneficios recibidos.

Diariamente necesitamos recordar que debemos dar gracias por

aquellas cosas que en su momento fueron esperanzas y suspiros y que se han vuelto realidades. Y otras, que permanecen en el futuro, quedan plasmadas en la seguridad de que la voluntad de Dios será cumplida, y esta es «buena, agradable y perfecta» (Rom. 12:1-2). Pero para apreciar esa voluntad perfecta, con el mismo agradecimiento del salmista, es necesario un cambio de perspectiva.

David inicia con acción de gracias por las generalidades con una actitud intencional y humilde. Él reconoce lo inmerecido del favor y la gracia de Dios para con él.

David progresa en su declaración, a mirar hacia atrás, a recordar esos tiempos en los cuales el favor de Dios y Su misericordia lo alcanzaron. A menudo no se siente así cuando esperamos, porque la providencia de Dios se entiende con lentes retroactivos. Cuando Dios actúa y orquesta situaciones a menudo es hasta que miramos retroactivamente que podemos ver cómo lo que se piensa para mal, Dios es capaz de orquestarlo para bien (Gén. 50:20; Rom. 8:28-38). Lamentablemente, cuando nos ponemos en el centro de la situación y estamos atravesando por el sufrimiento, solo podemos ver nuestro dolor y no el propósito de Dios. Y es que el sufrimiento de alguien siempre resultará en beneficio para otros en las manos del Dios grande, poderoso y de misericordia. No fue justo que Cristo pagara por nuestros pecados, pero Su sufrimiento fue el medio de nuestra salvación y la salvación de muchos.

Aun en medio de estas declaraciones ante la acción de gracias universal, representada por «todos los reyes de la tierra», el salmista sabe que Dios salva a muchos, pero también es personal, reconociendo Su trascendencia e inmanencia. Dios grande e inigualable, y a la vez Dios cercano.

Ni el sufrimiento de David ni el nuestro caen en la categoría donde Dios tiene que priorizar, como si no pudiera atender a cada ser humano. Él es Dios. Es omnisciente, omnipresente, omnipo-

tente. Conociendo sus atributos y capacidades, el salmista puede dar gracias por el favor y la esperanza futura. Tus sufrimientos y los míos pueden ser atendidos sin discriminación, ni necesidad de priorización por las manos todopoderosas y sabias que saben exactamente qué hacer y tiene recursos infinitos para hacerlo. Ni la pandemia, o un enemigo microscópico, ni el cáncer, ni el luto, ni la incertidumbre, ni los riesgos, ni la economía, ni las limitaciones, ni el cansancio que podamos experimentar evitarán que Dios cumpla Su propósito en nosotros, porque Dios no ha abandonado ni nunca abandonará la obra de Sus manos. En esto podemos estar tranquilos y tener esperanza.

Día 3

SALMO 1

«Porque el SEÑOR cuida el camino de los justos...»

(Sal. 1:6).

«Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los malvados, ni se detiene en la senda de los pecadores ni cultiva la amistad de los blasfemos, sino que en la ley del SEÑOR se deleita, y de día y noche medita en ella». No existe mejor palabra para iniciar el Libro de los Salmos y este primer capítulo que la palabra «dichoso». Extremadamente feliz y afortunado, aquel cuya confianza y deleite no estuvo en el camino de los impíos, sino que encuentra su mayor placer y confianza en la ley del Señor. Son tiempos complicados y difíciles, tiempos donde el mundo corre de un lado para otro. No han encontrado refugio en el ejército, no han encontrado esperanza en la economía y no están encontrando soluciones en la medicina. El mundo corre y grita desesperado y el miedo y el pavor se van

apoderando poco a poco del corazón de muchas personas alrededor del planeta. Vídeos con soluciones inefectivas, noticias que no auguran que en breve las cosas se solucionen, supermercados sin abastecimiento para suplir las necesidades de todos y los políticos y gobernadores de las naciones sin nada que decir porque no existen soluciones a la vista.

Sin embargo, en medio de todo eso, en medio de toda esa oscuridad, existe un brillo especial, un pueblo que refleja paz, un pueblo que refleja confianza, un pueblo que consigue tener un corazón gozoso y lleno de fe en un Dios soberano y todopoderoso, el pueblo del Señor, la Iglesia de Cristo.

Nuestros ojos no están en los sucesos, nuestros oídos no están en los consejos del hombre y nuestro corazón no se apoya en el camino del mundo, nuestros ojos están en la Palabra de Dios, nuestros oídos atentos a sus promesas y nuestros corazones practicando y poniendo por obra con cánticos y oraciones todo lo que hemos aprendido de las Sagradas Escrituras.

No tenemos miedo, no estamos asustados, no corremos desesperados, sino que hemos encontrado, en la Palabra de Dios, en la cual nos deleitamos, en la cual meditamos de día de noche, una fuente de gozo y confianza, hemos obtenido una paz que sobrepasa todo entendimiento y la seguridad de que en todo Dios tiene un propósito.

«Es como el árbol plantado a la orilla de un río que, cuando llega su tiempo, da fruto y sus hojas jamás se marchitan. ¡Todo cuanto hace prospera! En cambio, los malvados son como paja arrastrada por el viento» (vv. 3-4).

Apoyados en la Palabra de Dios, poniéndola por obra, creyéndola de todo corazón, tenemos la seguridad de que el Señor conoce

nuestro camino, traza la senda por la que debemos andar y va delante de nosotros.

Tenemos la seguridad de que Dios va como poderoso gigante delante de Su pueblo, que lo guarda, que lo cuida, y por ello, por esa fe, sabemos que nuestro futuro está asegurado, está garantizado, porque el Dios de la historia ya se encuentra allí, trascendiendo el tiempo y el espacio, y en eso nosotros descansamos.

Cobra ánimo, sigue poniendo tus ojos en las noticias que muestra la Escritura y no tanto en las que muestra la televisión; y recuerda, si pones tu corazón en ellas serás, aun en medio de la tormenta, una persona dichosa.

Día 4

SALMO 42

«¿Por qué voy a inquietarme? ¿Por qué me voy a angustiar?» (Sal. 42:5).

El Salmo 42 es un salmo de un hombre piadoso que está atravesando pantanos y oscuridad. Y, aunque no encontramos la palabra depresión en la Escritura, podemos deducir fácilmente que el salmista estaba atravesando por ella.

Tal vez tú te identificas con este salmo. Crees en el Señor, sabes que Él es suficiente para tu salvación, pero has pasado o estás pasando por un momento oscuro en tu vida. Tal vez sea por inseguridad del futuro o tal vez sea por una crisis financiera. Una de las razones por las cuales este salmo es tan conocido, es porque el salmista es muy honesto en cuanto a su vulnerabilidad. Si le preguntas al salmista qué le sucede, él te lo dirá en este salmo. ¿Cuáles

son los síntomas del salmista? Sequía (vv. 1-2), falta de apetito (vv. 3), confusión (vv. 5, 6, 11), nostalgia (v. 4), abandono (vv. 3, 9, 10) y opresión (vv. 3, 9-10).

Al analizar lo que le sucede al salmista, es seguro deducir que lo que está experimentando es una fuerte y dura depresión espiritual—no come, está confundido, se siente abandonado, oprimido, nostálgico. En palabras propias del salmista, se siente como un ciervo que brama por agua en la sequía (v. 1).

Aquí vemos a un hombre piadoso cuyo estado de ánimo es depresivo, pero no lo vemos derrotado, sino luchando consigo mismo para poder apreciar la mano de Dios en su vida y para poder ver esperanza en medio de sus circunstancias. Si tú te encuentras en este día en una etapa oscura de la vida, estás en buena compañía, y el hecho de que estás leyendo este devocional me indica que estás luchando por ver esperanza en medio de tu oscuridad.

El Dr. Martyn Lloyd-Jones solía decir que la mayoría de nuestras depresiones son causadas debido a que pasamos mucho tiempo escuchándonos a nosotros mismos, en vez de hablarnos a nosotros mismos. ¿Te habías puesto a pensar en eso? Escucharse a uno mismo es dejar pasivamente que nuestra mente vaya a la deriva y comience a caer cada vez más profundo en el hoyo. Hablarse a uno mismo requiere diligencia activa; requiere hablarle a nuestra alma con las verdades que sabemos sobre Dios. En otras palabras, requiere predicarse a uno mismo. Eso es precisamente lo que el salmista hace en los versículos 5 y 11: «¿Por qué voy a inquietarme?

¿Por qué me voy a angustiar?». Él se habla a sí mismo, se confronta y cuestiona. «¿Por qué me voy a angustiar?». ¿Conoces a Dios! ¡Espera en Él! ¡Él es tu roca, Él es tu salvación! ¿Por qué te angustias?

Así que, este salmo está en la Biblia porque Dios lo diseñó así, y si escuchamos con cuidado y vemos cómo lucha este salmista, y si meditamos en esta instrucción día y noche, si meditamos en nuestras emociones por un lado y en lo que sabemos del otro, nuestro carácter será más piadoso, y seremos como un árbol que da fruto y su hoja no cae cuando es abofeteado por los vientos del desánimo y la opresión.

Día 5

SALMO 145

«Te exaltaré, mi Dios y Rey; por siempre
bendeciré tu nombre»
(Sal. 145:1).

Hay momentos en la vida donde no tenemos palabras para expresar nuestras emociones, momentos cuando tenemos sentimientos en lo más profundo de nuestro corazón que perdemos la habilidad de comunicar cómo nos sentimos. Sean alegrías o tristezas, nuestros corazones buscan y necesitan ayuda para expresarse. Donde las palabras faltan, la música nos ayuda. Victor Hugo lo explicó de esta manera: «La música expresa aquello difícil de explicar y sobre lo que es imposible guardar silencio». La fe cristiana siempre ha tenido afinidad con la música. Jonathan Edwards explicaba que «la mejor, más hermosa y perfecta forma que tenemos para expresar nuestra

relación con Dios es a través de la música». El Salmo 145, obra de arte como tal, fue compuesto y diseñado para auxiliar nuestra memoria y nuestros corazones en dichos momentos.

Este salmo ha sido descrito como una joya que se destaca sobre los demás tesoros en los Salmos, ya que sirve como punto de referencia: de ahora en adelante nuestros cánticos serán aleluyas y más aleluyas. David hace hincapié en la grandeza de Dios y en la gracia que Él nos muestra al extender su mano para cuidar de nosotros y de Su creación. Hablando por experiencia, el autor nos dice que a diferencia de Dios quien puede examinar nuestros corazones y pensamientos, Su grandeza es inescrutable. Pero, no sea que busquemos excusa para abstenernos del conocimiento de Dios, David afirma que sus obras pueden ser contadas y sus hechos recordados. Spurgeon nos ayuda: «¡Qué Dios tan glorioso tenemos! ¡Cuán fácilmente satisface las necesidades de Su pueblo! Tan solo con abrir Su mano, y ya está. No debemos tener miedo de acudir a Él, como si nuestras necesidades fueran demasiado grandes para que Él las supla». Dios nos dice que Su gracia es suficiente. Aunque esta gracia nos proporciona el contexto para descubrir nuestras insuficiencias, las experiencias de debilidad, tristeza y confusión no nos separan del amor de Dios en Cristo. Más bien, nos recuerdan que Dios alcanzó lo más profundo de nuestros corazones y transformó tal abismo de corrupción por amor y misericordia. Por lo tanto, siempre tendremos razón y motivación en deleitarnos en sus obras: Su

fidelidad, cuidado, amor y señorío. Este salmo provee llamados a la acción:

- Exaltaremos y bendeciremos Su nombre
- Celebraremos sus obras
- Meditaremos en sus hechos
- Proclamaremos la memoria de Su inmensa bondad

Cuando meditamos en Su palabra, postrémonos delante de Él, y al contemplar sus obras, especialmente la muerte de nuestro Señor Jesús, levantemos nuestras voces en Su presencia. Sean gratos los dichos de nuestras bocas y la meditación de nuestros corazones delante de Él.

Día 6

SALMO 135

«El Señor hace todo lo que quiere en los cielos y en la tierra, en los mares y en todos sus abismos»

(Sal. 135:6).

Si Dios no fuese soberano sobre todo en el universo, entonces no tendríamos razones para confiar en Él y atesorar sus promesas. Seguro sería una deidad frustrada e infeliz. ¿Qué sentido tendría adorar a un «dios» incapaz de hacer lo que quiera? ¿Cómo seríamos felices en Él?

Pero el Dios verdadero sí es soberano. «El Señor hace todo lo que quiere en los cielos y en la tierra, en los mares y en todos sus abismos» (v. 6). La Biblia habla tanto sobre la soberanía de Dios, ¡que sería fácil pensar que este es Su atributo favorito!

La soberanía de Dios consiste en que Él tiene la autoridad y el poder para llevar a cabo todo aquello que Él quiere que ocurra.

Esta soberanía significa que cuando Dios obra algo, no fue porque alguien lo obligó a eso, sino porque Él quiso hacerlo. Y cuando Dios permite algo (trátese de un sufrimiento presente o cualquier otra cosa) fue porque en un sentido Él quiso que eso ocurriera conforme a sus propósitos.

En otras palabras, Dios está detrás de todo lo que pasa, ya sea obrándolo directamente para que ocurra u orquestándolo según sus buenos designios (que no comprendemos completamente desde este lado de la eternidad). Y lo hace de forma tal que Él nunca es autor del pecado y las cosas que están mal en el mundo (Stg. 1:13-17).

De manera específica, el Salmo 135 señala que Dios gobierna sobre la naturaleza y las naciones (v. 5-7, 10-12), y que Su soberanía está por encima de cualquier ídolo que tengamos (v. 5, 15-18). Los ídolos en este mundo no pueden hacer nada por nosotros, pero el Dios soberano sí. Al mismo tiempo, en el corazón de este salmo vemos también que Dios es soberano en sus hechos redentores a favor de sus escogidos (v. 4, 8, 12-14).

Esto debe inundarnos de esperanza cuando la duda y el temor nos golpean. Dios fue soberano a nuestro favor en la cruz, en la hora más decisiva de la historia y cuando todo parecía arruinado (Hech. 2:23; 4:27-28). Por lo tanto, aunque en nuestros momentos difíciles no tenemos todas las respuestas que quisiéramos, sí tenemos la certeza que más necesitamos: podemos confiar en que Dios gobierna todo en nuestras vidas para nuestro bien (Rom. 8:28, 32).

El gran predicador Carlos Spurgeon decía que la soberanía de Dios es la almohada sobre la que el cristiano puede reposar su cabeza. ¿Estás reposando en esta verdad?

Día 7

SALMO 67

«Dios nos tenga compasión y nos bendiga; Dios haga
resplandecer su rostro sobre nosotros»

(Sal. 67:1).

Este salmo comienza con uno de los anhelos más esenciales de las personas que se saben pecadoras: el anhelo de recibir la misericordia de Dios (v. 1); la certeza de que, en el día de la calamidad, Dios nos muestre Su bondadoso rostro y no nos de la espalda (ver Jer. 18:17). Esta era la petición del salmista en favor del pueblo, y esta es también la realidad de aquellos que hemos experimentado la gracia del evangelio. El apóstol Pablo nos dice que es en el evangelio donde hemos recibido esta «misericordia»; en el evangelio, Dios, “que ordenó que la luz resplandeciera en las tinieblas, hizo brillar su luz en nuestro corazón para que conociéramos la gloria de Dios que

resplandece en el rostro de Cristo» (2 Cor. 4:1, 6). Es en el rostro de nuestro Salvador donde Dios ha hecho resplandecer Su rostro sobre nosotros y nos ha llenado de «toda bendición espiritual en Cristo» (Ef. 1:3). Por lo tanto, la petición del salmista nos ha sido ya otorgada. Por esta razón, al enfrentar como creyente cualquier tipo de aflicción o necesidad, no necesitas vivir en incertidumbre. Por el contrario, tienes la plena certeza de la bendición de Dios por causa de la obra de Jesús consumada en la cruz a tu favor. ¡Sublime gracia!

Ahora, la misericordia que Dios nos ha otorgado como Su pueblo, nos ofrece mucho más que una simple certeza personal e individual en tiempos de necesidad. En realidad, Su bondad misericordiosa nos ha dado un propósito y una responsabilidad eternos y trascendentes. Los versículos 2 al 7 lo expresan en términos que crean una imagen maravillosa. En primer lugar, el versículo 2 nos señala que la misericordia que hemos recibido es «para que se conozcan en la tierra sus caminos, y entre todas las naciones su salvación». Cada vez que el rostro de Dios ilumina a una persona, su propósito se revela una vez más como evangelístico, misional y salvífico. Porque que cuando la salvación de Dios llega, otras bendiciones espirituales se añaden también. Y cada una de ellas debe ser nuestro anhelo y petición a Dios a favor del mundo a nuestro alrededor. El salmista pide en el versículo 3: «Que te alaben, oh Dios, los pueblos; que todos los pueblos te alaben». Tan grande es su anhelo de que el Dios Salvador sea alabado, que lo repite en el versículo 5. La obra misericordiosa de Dios por nosotros es por lo tanto primeramente

teocéntrica. Su intención primaria es que Dios reciba la adoración que solo Él merece y que en el presente está ausente en muchos confines de la tierra. Pero observa el versículo 4, en el centro del doble anhelo de alabanza a Dios, descubrimos que Dios consuma nuestra dicha: «Alégrense y canten con júbilo las naciones, porque tú las gobiernas con rectitud...». ¡La adoración a Dios es para la alegría y el gozo de toda la tierra! Finalmente, el versículo 7 nos anuncia que toda esta bendición busca aquello que es el principio de la sabiduría: el temor de Dios.

Cuando te enfrentes a pruebas y tribulaciones, recuerda siempre que, en el evangelio, tienes la certeza de la misericordia y la bendición de Dios. Y que esta bondad se te ha dado para que todas las naciones conozcan, alaben, y teman a Dios, y como resultado, se regocijen en Su salvación.

Día 8

SALMO 141

«A ti clamo, SEÑOR; ven pronto a mí. ¡Atiende a mi voz cuando a ti clamo!»
(Sal. 141:1).

En las Escrituras podemos leer muchos salmos en los que el salmista suplica la protección de Dios, unas veces de los ejércitos enemigos, otras de las calamidades de la vida, de las tempestades, sequías, accidentes o engañadores. Pero este salmo expresa la necesidad de ser protegidos del principal enemigo retratado en los salmos. El enemigo más cercano, el propio pecado.

El primer enemigo es descrito (v. 1-4) al nivel de las palabras, las obras, y el corazón. Una vez más el salmista clama en oración, y ruega en primer lugar por sus labios: «SEÑOR, ponme en la boca un centinela» (v. 3). Este es el principal temor del rey David, que

sus palabras no vayan a inclinarse hacia cosas malas como evidencia sintomática de que su corazón se ha dejado seducir por el mal.

David reconoce que necesita de la intervención divina para alejarse de lo malo y sabe que Dios suele obrar mediante instrumentos humanos (v. 5-7): «Que la justicia me golpee, que el amor me reprenda...» (v. 5). Los creyentes somos, o debiéramos ser, al fin y al cabo, meros instrumentos en las manos del Redentor para el bien de nuestros hermanos. David lo pudo comprobar en primera persona cuando el profeta Natán se acercó a él con una clara exhortación respecto a su pecado y la reprensión del justo fue medicina para él. La reprensión puede ser primero amarga, pero luego trae frutos de justicia. Quienes no tienen reprensión, sin embargo, siguen su camino de destrucción sin tener quien le exhorte o sin escuchar la exhortación (v. 6-7).

La conclusión del salmista es simple, pero no simplista. «En ti, SEÑOR Soberano, tengo puestos los ojos» (v. 8). Quiera el Señor hacernos más y más conscientes de ese primer enemigo que llevamos dentro, de nuestro propio pecado, y de la batalla diaria que hemos de librar con él. Quiera el Señor darnos que nuestros ojos no miren hacia dentro, ni hacia los demás, sino hacia Él, pues de Él solamente vendrá nuestra ayuda y nuestras fuerzas para vivir la vida cristiana.

¿Cuán consciente eres de la gravedad de tu propio pecado? ¿Oras como David, pidiéndole que Dios no deje que tu corazón se incline

al mal? ¿Tienes tus ojos puestos en el cielo o en el suelo? Ora al Señor rogándole que te de las fuerzas que necesitas para combatir contra tu enemigo más íntimo. La vida del creyente supone una lucha encarnizada contra el pecado a fin de que Dios siga formando en nosotros a Su Hijo amado. «En la lucha que ustedes libran contra el pecado, todavía no han tenido que resistir hasta derramar su sangre» (Heb. 12:4). En esa lucha, tenemos una bendita esperanza y una victoria segura en Cristo Jesús. Pon sobre Él tus ojos. Confía solamente en Él. Mira al crucificado, cuya sangre te lava de tus pecados. Que hoy pueda ser, descansando en el poder de Dios, un poco más parecido a lo que serás eternamente por Su gracia.

Día 9

SALMO 27

«El SEÑOR es mi luz y mi salvación;

¿a quién temeré?...»

(Sal. 27:).

Esperar es una virtud que muchas veces no es cultivada en el tiempo que vivimos. Vivimos en el tiempo de la comida rápida, de acceder a información en segundos, y de poder ir a otros continentes en pocas horas. En este momento que estamos enfrentado, la humanidad ha sido llamada a esperar. Providencialmente el mundo se ha detenido y todos nuestros planes, metas y sueños se han detenido instantáneamente. En estos momentos somos llamados a poner en práctica nuestras creencias, a verdaderamente tener una absoluta confianza en Dios y aprender a esperar en Él, porque sabemos que Él es bueno.

Hay diferentes opiniones de cuándo escribió este salmo David. Lo que es claro en el mismo es que David muestra la respuesta piadosa de una persona que confía en Dios en momentos de dificultad. Este salmo nos debe ayudar tanto a prepararnos para el tiempo difícil, como para sostenernos en el tiempo difícil, ya que comparte verdades sobre quién es Dios y que su cercanía es nuestro sostén en tiempos devastadores.

David comienza alabando a Dios por su obra redentora:

El SEÑOR es mi luz y mi salvación:
¿a quién temeré?

El SEÑOR es el baluarte de mi vida:
¿quién podrá amedrentarme? (v. 1).

En estos momentos es importante que recordemos que Dios nos ha salvado. Nos ha salvado del pecado, de sus consecuencias y hemos sido librados de la mayor demostración de Su ira. Básicamente sí, Dios nos ha salvado, y no tememos porque al que debemos de temer está de nuestra parte. Esta verdad debe ser suficiente para nosotros, calmar nuestras almas para dar paz y traer consuelo; Aquel que debemos temer es Aquel que nos salva.

Y eso lleva al creyente a desear la cercanía de Dios. Ya no tenemos que temer al que debemos temer, pero algo más increíble es que podemos acercarnos a Él. No es que solamente me libre de Él, sino

que con un corazón lleno de fe podemos pedirle Su cercanía:

Una sola cosa le pido al Señor,
y es lo único que persigo:
habitar en la casa del Señor
todos los días de mi vida,
para contemplar la hermosura del Señor
y recrearme en su templo.
Porque en el día de la aflicción
él me resguardará en su morada;
al amparo de su tabernáculo me protegerá,
y me pondrá en alto, sobre una roca (vv. 4-5).

El comienzo del versículo 4 siempre me sorprende, David pudo pedir muchas cosas y pidió una sola: estar en la casa del Señor. Él sabe que el lugar de protección es estando en la cercanía de Dios. En medio de este tiempo de espera, los animo a cultivar intimidad con Dios, sin olvidar que el templo del Señor se manifiesta en su expresión máxima en la tierra cuando todos juntos nos reunimos presencialmente como Iglesia.

En este tiempo de angustia clamamos y pedimos a Dios que nos permita prontamente estar como Iglesia juntos, porque donde está Su pueblo ahí Dios habita.

Al final, el salmista termina reconociendo que sin la cercanía de Dios no hubiera podido continuar:

Pero de una cosa estoy seguro:
he de ver la bondad del SEÑOR
en esta tierra de los vivientes.
Pon tu esperanza en el SEÑOR;
ten valor, cobra ánimo;
¡pon tu esperanza en el SEÑOR! (vv. 13-14).

Por eso esperamos, en este tiempo donde estamos aislados, donde parece que el enemigo se está adelantando, esperamos en el momento que estemos junto al pueblo de Dios con Aquel que nos salvó. Solo esperamos por medio de Jesús, porque sin Cristo en lugar de salvación y esperanza, tendríamos juicio y desanimó.

Día 10

SALMO 121

«Mi ayuda proviene del SEÑOR, creador del
cielo y de la tierra»
(Sal. 121:1-2).

Todo sucedió en una fracción de segundo. Conducía el automóvil rumbo al aeropuerto para ir por un amigo, cuando el auto que me pasaba a mi izquierda perdió el control, se estrelló contra el muro de contención, y antes de que yo pudiera hacer nada, giró e impactó mi auto, a unos cuantos centímetros de mi puerta.

El auto fue pérdida total. Cuando mi auto se detuvo, y me percaté de que estaba bien y no había salido herido, inmediatamente alcé mi vista por el vidrio delantero, buscando ayuda. Allí venían varias personas, acercándose hacia mí para ver si estaba bien.

La situación en la que me encontré me recuerda un poco al Salmo 121. Este salmo era uno que los peregrinos cantaban cuando subían a Jerusalén a una de las fiestas judías. El salmista alza su mirada

a las montañas preguntándose si de allí encontrará socorro (v. 1). ¿Hacia dónde miras cuando te encuentras en dificultad? Muchas veces Dios nos pone en situaciones difíciles para que reconozcamos que, si nuestra mirada no está puesta en Él, entonces está en el lugar equivocado.

El salmista responde a la pregunta inmediatamente: «Mi socorro viene de Jehová, que hizo los cielos y la tierra» (v. 2). El Dios que hizo la Vía Láctea, el Sol y los anillos de Júpiter, el que hizo al águila que surca el cielo buscando comida, y el que hizo el pez más pequeño que nada solitario en la oscuridad, es el mismo Dios que te auxilia.

No solamente Dios nos socorre, sino que también nos guarda. Así como Dios guardaba al pueblo de Israel, guarda ahora a Su pueblo, la Iglesia. Dios no se duerme (v. 3). Ni siquiera le da sueño (v. 4). El verdadero Dios existe en sí mismo y es todopoderoso. No tiene necesidad de recargar fuerzas. No tiene necesidad de que le recuerden algo.

¡Ese es el Dios que nos guarda (v. 5)! Es como una sombra que nos dice que, aunque no podamos verlo físicamente, Él está allí. Dentro de la voluntad de Dios, no hay nada que pueda dañarnos (v. 6). Y cuando Dios, en Su eterna sabiduría, decide que lo mejor para nosotros es pasar por un momento de prueba (como han pasado incontables de creyentes durante la historia de la Iglesia), Él preserva lo más preciado que tenemos: nuestra alma (v. 7).

Aquella ocasión, mientras mi auto giraba sobre su eje, antes de

salirse de la carretera y estrellarse contra un muro, de mi boca salió una oración continua: ¡Cuídame, Señor! Dios tuvo a bien concederme esa petición.

Cuando las cosas se salen de tu control, confía en Aquel que puede guardar «en el hogar y en el camino, desde ahora y para siempre» (v. 8). Mi deseo para mi vida y la tuya es que cuando estemos en alguna dificultad, podamos decir igual que el salmista: «Mi ayuda proviene del SEÑOR».

Día 11

SALMO 13

«Pero yo confío en tu gran amor; mi corazón
se alegra en tu salvación»

(Sal. 13:5).

«En verdad estoy tan triste que no puedo expresar mi gran dolor a ninguna persona, no puedo comer, ni beber, ni dormir». Esto fue lo que la esposa de Martin Lutero escribió después de que él muriera. Así es el dolor. Es mucho más que un sentimiento. El dolor se toca, se materializa. Y, de inmediato, nos hace cuestionar a Dios.

El salmista David comienza con cinco preguntas y en cuatro de ellas inicia diciendo: «¿Hasta cuándo...?» (vv. 1-2). Esto pone de manifiesto la agonía por su dolor. Grita con desesperación porque se siente abandonado por su Dios. La paciencia se ha agotado, la

esperanza se ha esfumado y el dolor se ha transformado en un gigante invencible.

En los días alegres y cálidos de nuestra vida, el tiempo pasa volando con sus alas extendidas. Pero, en las jornadas del invierno del dolor, sus alas se cierran y se estaciona indefinidamente. Las horas se sienten como días y los días como meses. Así se siente el salmista. No ve el momento en que termine su dolor.

Pero es interesante que, en medio de este escenario, David pide a Dios algo que nos sorprende: «... Ilumina mis ojos. Así no caeré en el sueño de la muerte» (v. 3). No pide un cambio superficial. No pide que sus enemigos sean destruidos (aunque no pecaría si pidiese eso). Él pide que la mano providente de Dios venga y abra sus ojos de fe para que, en medio de su aflicción y oscuridad, vea la luz refulgente de Su gloria. Es como si dijera: «No permitas que la oscuridad de la maldad nuble mis ojos y me impida ver tu gloriosa santidad». Él desea ver a Dios porque, cuando ve esa bella gloria, su corazón pasa de la agonía a la alegría, del lamento al canto. En los versículos finales, podemos observar que Dios contestó su oración y el verano llegó con sus alas extendidas (vv. 5-6).

La belleza de la luz se disfruta después de un periodo de oscuridad y, para usar una frase del poeta escocés Robert Pollok, «el recuerdo de las tristezas pasadas endulza el gozo presente». La música que sale del corazón del salmista es gloriosa porque emana de un corazón cautivo por la gloria de su Dios en medio de la oscuridad.

Permíteme compartirte dos principios para cualquiera que sea tu doloroso invierno:

En el invierno del dolor, clama a Dios que alumbre tus ojos.

Más que cualquier otra cosa, necesitas ver la gloria de Dios. Y recuerda que esa gloria se manifestó en Cristo (2 Cor. 4:6).

En el invierno del dolor, Dios es el Alfarero y tú eres el barro. Las manos de Dios están trabajando en ti. Quizás sientes que necesitas saber qué está haciendo. Pero Él sabe lo que hace y tú necesitas recordar que todo obra para tu bien y Su gloria. Él no se equivoca. Él nunca falla. Él termina a la perfección lo que inicia (Jer. 18).

Día 12

SALMO 22

«Porque él no desprecia ni tiene en poco el sufrimiento del pobre; no esconde de él su rostro, sino que lo escucha cuando a él clama»

(Sal. 22:24).

En el momento más crítico de la historia de la humanidad, cuando todo parecía perdido y el Hijo de Dios agonizaba en la cruz del Calvario, este fue el salmo que estuvo en Su mente y corazón (Mat. 27:46). Se trata de uno de los pasajes de la Biblia más explícitos sobre el sufrimiento incomparable de Jesús por nosotros.

Al igual que David, el autor humano del salmo, Jesús soportó gran aflicción antes de ser exaltado como el Rey del pueblo de Dios. Sin embargo, las cosas que en este salmo lucen como exageraciones o

meras figuras literarias por parte de David para ilustrar y expresar su dolor, fueron verdaderas en Jesús.

Los vestidos de Jesús fueron repartidos y otros echaron suerte sobre ellos mientras Él estaba desnudo y en vergüenza (v. 18; comp. Mat. 27:35). Sus manos y pies fueron horadadas en verdad (v. 16). La gente lo miró colgado en la cruz, y menearon la cabeza en burla hacia Él mientras le decían: «Este confía en el SEÑOR, ¡pues que el SEÑOR le ponga a salvo!» (v. 8; comp. Mat. 27:43). En aquella cruz, Él experimentó realmente el abandono de Dios para que nosotros no tengamos que experimentarlo jamás si creemos el evangelio (v. 11; comp. Mat. 27:46).

El Salmo 22 parece escrito por el mismo Jesús mientras agonizó en el Calvario. Por lo tanto, es un salmo que nos llama a la esperanza en Dios. No importa cuán terrible sea la adversidad que enfrentemos, sabemos que Dios está con nosotros porque Su Hijo sufrió hasta lo sumo para que eso fuese una realidad. Cristo fue tratado como un criminal ante el Juez del universo para que tú y yo podamos ser recibidos como hijos.

Además, este salmo nos recuerda que Dios conoce el dolor no solo porque conoce todas las cosas, sino también porque lo experimentó por nosotros. Nuestro Salvador es varón de dolores experimentado en aflicción (Isa. 53:3). Esto no brinda todas las respuestas que quisiéramos aquí y ahora a todas nuestras preguntas en medio del sufrimiento, pero sí es la muestra más grande de que Dios no es indiferente a nuestra aflicción. El sufrimiento de Jesús

en la cruz es la muestra irrefutable de Su amor por nosotros que nunca nos dejará (Rom. 5:8; 8:31-39)

Al mismo tiempo, este salmo no solo nos apunta al sufrimiento de Cristo, sino también a Su exaltación (v. 22) y nuestra adoración a Dios en respuesta a Su salvación (v. 23-31). Por tanto, ora que el Señor te conceda deleitarte más en Su amor revelado en el evangelio, y que así tu corazón sea movido a la alabanza en medio de la prueba. Cristo no se quedó en el sepulcro. Él fue exaltado. En esto tenemos la certeza de nuestra salvación y esperanza.

Día 13

SALMO 147

«Excelso es nuestro Señor, y grande su poder; su
entendimiento en infinito»

(Sal. 147:5).

Este salmo es un hermoso cántico de alabanza al Señor por Su gran poder y Su perfecta protección hacia los suyos. En esta ocasión el salmista empieza exhortando al pueblo de Israel a que alabe al Señor: «... ¡Cuán bueno es cantar salmos a nuestro Dios, cuán agradable y justo es alabarlo!» (v. 1), para luego presentar las múltiples razones por las cuales es digno de ser alabado. Alabamos al Señor por Su salvación, presente y futura. El SEÑOR es quien edifica Jerusalén (v. 2), quien vuelve a reunir a Su pueblo (v. 2), quien sana las heridas del corazón (v. 3); el poder del Señor es tan grande que Él puede contar todas las estrellas y llamarlas a cada una por su

nombre: ¿Cómo no habría de cuidar un Dios tan poderoso a cada uno de nosotros, los que formamos Su pueblo?

Tal y como adelantaba el versículo 4, el mismo Dios que cuenta las estrellas es quien cuida de Su pueblo escogido. El poder de Dios es mucho más alto de lo que podamos jamás entender. Dios extiende las nubes y prepara la lluvia (v. 8), da de comer a los animales (v. 9), y aunque la Creación es obra de sus manos y Él la sustenta perfectamente, Dios no encuentra Su máximo deleite en ella, sino en Su nueva creación: «Sino que se complace en los que le temen, en los que confían en su gran amor» (v. 11).

De ahí proviene el imperativo del salmista que podemos apropiarnos cada uno de nosotros: ¡Alaba al SEÑOR! Dios se goza en nuestras alabanzas y en un corazón humilde y sumiso delante de Él. La salvación de Dios es muy generosa y muy grande. Él usa a toda Su creación para proteger a Su Israel ante todos sus enemigos, y delante de Su poder, «¿quién puede resistir?» (v. 17). Ahora bien, esperando llegar al clímax de su salmo, el autor se guarda para el final la más grande las bendiciones de Dios para con los suyos: «A Jacob le ha revelado su palabra; sus leyes y decretos a Israel. Esto no lo ha hecho con ninguna otra nación; jamás han conocido ellas sus decretos. ¡Aleluya! ¡Alabado sea el SEÑOR!» (v. 19-20). Israel se goza, ante todo, por el hecho de conocer la voluntad del Señor y ser poseedor de Su revelación. Ese es también para nosotros, Su Israel, nuestro mayor gozo, deleite, y beneficio.

Además de las muchas bendiciones materiales del Señor para

contigo, ¿cuentas como tu mayor bendición el poder tener Su preciosa Palabra y el privilegio de poder meditar en ella? ¿Das gracias a Dios por haber revelado a Su Hijo en ti (Gál. 1:16)? Que en medio de las bendiciones que te rodean, o aún en los momentos de escasez y aflicción, esta sea tu más grande bendición y tu primer motivo de alabanza a Dios. Él podría habernos privado de conocerle, pero por Su bondad infinita, Dios nos ha hablado y ha hecho de nosotros una nación santa. Nosotros le hemos conocido y hemos sido comprados para alabarle. ¡Aleluya!

Día 14

SALMO 40

«Dichoso el que pone su confianza en el SEÑOR...»

(Sal. 40:4).

Cuando yo estaba en la universidad, mi familia vivía en la región norte del país de Chile. En unas vacaciones de verano de la universidad, tocó la casualidad de que llegué a casa de mis padres el mismo día que habían sufrido un terremoto de 8.1 grados en la escala Richter. Experimentar las réplicas que duraron por muchos días fue una de las experiencias más desconcertantes que he tenido en toda mi vida. Simplemente no hay nada como el sentir no poder pisar tierra firme. El efecto mental, espiritual y físico de no poder bajar la guardia fue tremendo. Siempre había que estar alerta por si fuera necesario salir corriendo de la casa.

Los tiempos de dificultad y angustia nos provocan muchas veces este mismo sentir. Hay un estrés sobre la mente, el corazón,

y el cuerpo cuando sentimos que «la tierra» debajo de nuestros pies se mueve. Anhelamos la estabilidad que nos permite respirar profundo y descansar. Buscamos alivio de la presión constante de lo desconocido. Nos sobrecoge la impaciencia, deseando ver una solución inmediata.

El salmista vivió experiencias muy parecidas a las nuestras. Sentía que estaba en la fosa de la muerte, desesperado, atrapado en el lodo de un pantano denso. Reconocía su condición pobre y necesitada, indigno de que Dios lo tomara en cuenta. Su propio pecado lo agobiaba, junto con el pecado de otros hacia él. Para David, no parecía que hubiera tierra firme donde colocar sus pies y sentir un descanso de la presión y angustia.

No podemos negar la realidad de los males que nos rodean. De hecho, no es recomendable ni sano intentar vivir como si la inestabilidad y desesperanza no fueran reales. David nos deja un ejemplo de un hijo de Dios que acepta la verdadera condición del mundo que le rodea y de su propia vida, pero que sabe qué hacer con su desesperación. Conoce la fuente del rescate del lodo.

«Puse en el Señor toda mi esperanza...» (Sal. 40:1).

«Pacientemente esperé a Jehová» (Sal. 40:1, RVR60).

Esperanza. ¡Qué palabra tan hermosa y complicada! Es hermosa cuando el objeto de tu esperanza es confiable, pero lleva un sentido incierto cuando no es así. La clave de la esperanza de David está

en su objeto. Puso toda su esperanza en el Señor. El resultado fue que él logró la estabilidad que buscaba. «... Puso mis pies sobre una roca, y me plantó en terreno firme» (v. 2). David mismo no lo logró por sus propios esfuerzos. Dios ya había provisto todo lo que David necesitaba en medio de la incertidumbre. David tenía que apropiarse de la provisión de Dios.

En medio de tiempos inciertos, enfermedad, amenaza de necesidad económica extrema, luchas con la tentación, inestabilidad emocional y duda espiritual, hay una sola fuente de esperanza verdadera que no está sujeta a ningún elemento terrenal. Cuando ponemos nuestra esperanza en Jehová, aunque nada cambie en nuestra situación actual, todo cambia en nuestra situación espiritual. Junto con el salmista, podremos cantar un himno nuevo, proclamar las buenas nuevas, abandonar nuestros ídolos, declarar el amor del Señor en la asamblea, experimentar victoria sobre el pecado, y exclamar: «¡Cuán grande es el Señor!».

Día 15

SALMO 46

«Dios es nuestro amparo y nuestra fortaleza, nuestra
ayuda segura en momentos de angustia»

(Sal. 46:1).

Hay momentos en donde regiones del mundo pueden experimentar el colapso de sus sistemas. Países en donde los sistemas de gobierno colapsan, como sucedió con el muro de Berlín y el bloque comunista en el año 1989, o cuando hay guerras civiles. También podemos ver este fenómeno como resultado de desastres naturales. Por ejemplo, el paso del huracán Katrina puso a la ciudad de Nuevo Orleans de rodillas con el desplome de la gracia común en ese lugar. Yo pude ser testigo de la devastación del huracán María en Puerto Rico, en septiembre del año 2017. Cuando llegué a la isla 10 días después del paso de esta tormenta, todo era destrucción y desorden.

Pero en estos días estamos experimentando el colapso de la sociedad como la conocemos por el efecto de un organismo tan pequeño como un virus. Fronteras están siendo cerradas, la economía se está deteniendo y ciudades como Nueva York están paralizadas. La reacción natural del ser humano es temer. Temer puede darnos un sentido de seguridad al hacernos pensar que es la respuesta adecuada a la circunstancia que vivimos y porque justifica que actuemos de maneras que nos hacen sentir seguros. En Estados Unidos, algunas personas acumulan comida y papel higiénico para sentirse «seguros», pensando que con una alacena llena todo estará bien.

¿A dónde acude el creyente en estos momentos de incertidumbre y devastación? El Salmo 46 es el lugar en las Escrituras que claramente nos dice al lugar que debemos acudir. En medio de nuestro temor, en medio de los sistemas políticos colapsando, en medio de la naturaleza rugiendo, tenemos promesas de Dios que deben sostenernos.

Dios es nuestro amparo y nuestra fortaleza,
nuestra ayuda segura en momentos de angustia.
Por eso, no temeremos
aunque se desmorone la tierra
y las montañas se hundan en el fondo del mar;
aunque rujan y se encrespen sus aguas,
y ante su furia retiemblen los montes (vv. 1-3).

Dios es un refugio, es un lugar donde podemos protegernos. Es un lugar, en el que cuando todo parece caer, nos sentimos seguros.

En una ocasión estaba manejando junto a mi familia cuando una tormenta comenzó a azotar el área. Los celulares anunciaban la cercanía de tornados y mi hija menor se llenó de miedo. Tan pronto llegamos a la casa se tranquilizó, se sentía segura. Dios es ese lugar seguro para los creyentes. No solo es refugio, también es nuestra fortaleza. Fortaleza se refiere a aquello que nos da fuerza. Al sentirnos protegidos nos fortalecemos. ¿Alguna vez fuiste víctima de acoso o intimidación («bullying»)? ¿Te sentías fuerte cuando tu hermano mayor iba contigo a enfrentarlo? De la misma forma nos sentimos fuertes porque ningún enemigo puede derrotarnos. Pero lo más asombroso es que Dios es una ayuda pronta, cercana. Él no está lejos. En estos días, ningún presidente de una nación va a consolar a cada ciudadano personalmente. Ellos están en la Casa Blanca, en la Casa Rosada o en el Zócalo. Pero Dios está cercano. Él está con nosotros en nuestra dificultad.

Por eso, no tememos. El versículo 8 nos invita a mirar las obras de Dios para sentir seguridad.

En este tiempo, la mayor obra que miramos para calmar nuestras almas es el evangelio. Miramos al niño en el pesebre, Dios tomando forma de hombre para representarnos. Miramos Su vida perfecta que nos da justicia. Miramos Su sacrificio en la cruz que remueve nuestros pecados. Miramos la tumba vacía que nos da esperanza de vida eterna. Y por sus obras entonces podemos hacer lo que

el versículo 10 nos demanda: «Quédense quietos, reconozcan que yo soy Dios...».

Este «quédense quietos» no es un tiempo devocional con una taza de café en donde meditamos tranquilamente. Quedarse quietos es someternos en obediencia que se refleja en confianza al Dios que hace las obras. Entonces, por medio de Su obra tenemos paz y por eso no tememos. Estad quietos es la demanda de Dios a un mundo rebelde a que confiamos en Él. Cuando todo colapsa, estamos quietos porque Jesús hizo lo que no podíamos hacer.

Día 16

SALMO 63

«Mi alma se aferra a ti; tu mano derecha me sostiene»
(Sal. 63:8).

Desesperación. Ansiedad. Crisis. Soledad. Sin duda, todos hemos enfrentado estas experiencias en algún momento. Muchos las estamos enfrentando en este momento. Sin embargo, no somos los únicos. El pueblo de Dios siempre se ha enfrentado a este tipo de situaciones.

El gran rey David pasó por estas experiencias. En el Salmo 63, David siente que está en un desierto. Ahí se encuentra sediento, enfrentando un ambiente inhóspito que no le ofrece el agua y el refugio que necesita. David clama intensamente a Jehová desde su desesperado desierto (v. 1). Aunque no sabemos con exactitud qué sucede en su vida, el versículo 9 sugiere que personas buscan

matarle. En esa situación desearíamos refugio, un lugar seguro, que tenga todo lo que necesitamos. Pero David se encuentra en un ambiente opuesto: el desierto seco y árido.

La gran ansiedad de David le roba el sueño y llena su mente de pensamientos angustiosos. De madrugada David está despierto (v. 1). En el versículo 6, encontramos que toda la noche está acostado en su lecho, pero no está durmiendo en paz ni está viviendo confiado (Sal. 4:8).

Sin embargo, a pesar de esta situación extrema, en pocos versículos el salmista pasa de la sedienta desesperación a la alabanza jubilosa (vv. 3, 5, 11). Pasa de la ardiente sed a quedar satisfecho de un succulento banquete (v. 5). ¿Qué sucede? ¿Cambia su situación? ¿Sale del desierto y llega a su palacio?

No, la situación de David no cambia. Lo que cambia es su enfoque. En vez de enfocarse en sus circunstancias angustiosas, David se enfoca en su Dios. Busca a Dios con anhelo intenso (v. 1). Recuerda el glorioso poder que había contemplado en el pasado (v. 2). Recuerda el amor leal del Dios que había hecho pacto con él (v. 3). El succulento banquete satisface su corazón cuando se acuerda de Dios en su lecho y piensa en Dios toda la noche (v. 6). Sabiendo que aun en el desierto está a la sombra de las alas del Altísimo, puede cantar porque sabe que Dios es su ayuda y sostén (v. 8).

El Salmo 63 nos enseña cómo tratar con nuestra desesperación, angustia y soledad. La clave no es cambiar nuestra situación sino cambiar nuestro enfoque. Cuando el Dios de poder glorioso sea

nuestro enfoque, el oasis de Su amor leal nos satisfará.

En las noches, cuando la ansiedad se apodera de nuestros corazones y nos roba el sueño, ¿cómo responderemos? ¿Dejaremos que la desesperación llene nuestras mentes y mine nuestras fuerzas? ¿Recurriremos a Netflix, anestesiando la mente para que ya no tengamos que pensar en nuestra angustiada situación? No. Estas cosas no satisfarán nuestro corazón. Como el salmista, recordemos al Dios glorioso y poderoso que nuestros ojos han contemplado (v. 2). Recordemos Su amor leal que estableció pacto con nosotros y que nunca nos dejará (v. 3); sabemos esto porque nos dio a Su mismísimo Hijo (Rom. 8:32). Ese amor, que es mejor que la vida, moverá nuestros labios a cantar jubilosas alabanzas aun en medio del desierto.

Día 17

SALMO 119

«Mi alma desfallece por Tu salvación;
en Tu palabra espero»
(Sal. 119:81).

Hay situaciones de la vida que nos llevan a pensar: *¿hasta cuándo, Dios? ¿Cuánto más tengo que esperar?* Parece que así se sentía el autor de Salmos 119 cuando escribió: «Mi alma desfallece por Tu salvación; en Tu palabra espero» (v. 81). Algo estaba provocando una angustia sin igual en su vida, pero decidió acudir a la fuente de esperanza, la Palabra de Dios. Lee los versículos que siguen:

«Para siempre, oh Señor, Tu palabra está firme en los cielos» (v. 89).

«Tu fidelidad permanece por todas las generaciones; Tú estableciste la tierra, y ella permanece» (v. 90).

«Si Tu ley no hubiera sido mi deleite, entonces habría perecido en mi aflicción» (v. 92).

«Jamás me olvidaré de Tus preceptos, porque por ellos me has vivificado» (v. 93).

Cuando las circunstancias que vivimos nos empujan al desaliento, tenemos que escoger dónde poner la esperanza. Este hombre estaba en el banco de la paciencia, su vida detenida. ¡Tan parecido a nuestras vidas ahora mismo ante una pandemia! No obstante, estaba seguro de que la palabra de Dios es eterna, que va más allá del día de hoy y, sobre todo, comprendió que la Palabra de Dios nos sostiene y nos da vida.

Pero no es una fórmula mágica. No se logra nada con dejar la Biblia abierta sobre la mesa de noche o cubrir las paredes con versículos bíblicos. Es una cuestión del corazón, por decirlo de alguna manera. Para que la Palabra de Dios se convierta en nuestra fuente de esperanza es necesario conocerla, aprenderla, atesorarla y, sobre todo, pedirle al Espíritu Santo que abra nuestros ojos a su verdad, tal y como indica el versículo 18. Cuando nuestra mente se llena de la Palabra de Dios, tenemos una provisión de la que nos nutrimos constantemente, un tesoro que nadie nos puede quitar.

Varios siglos después Pablo lo reafirmó con su pluma mientras escribía a los cristianos de Roma: «Porque todo lo que fue escrito en tiempos pasados, para nuestra enseñanza se escribió, a fin de que por medio de la paciencia y del consuelo de las Escrituras tengamos

esperanza» (15:4). Sí, la Palabra de Dios es un caudal de esperanza que Él nos ha regalado, pero ningún regalo es útil guardado en un rincón. Tenemos que darle el uso necesario. Así podremos decir junto con el salmista: «Tus testimonios he tomado como herencia para siempre, porque son el gozo de mi corazón» (119:111).

Tal vez hoy te sientes como este salmista, *¿hasta cuándo, Señor; cuándo terminará esta situación?* Esa pregunta una y otra vez regresa a tu mente. No tengo respuesta, pero hay algo que sí puedo decirte con certeza: haz de la Palabra de Dios tu esperanza. Mira el versículo 114: «Tú eres mi escondite y mi escudo; en tu palabra he puesto mi esperanza». Mientras la vida parezca estar en pausa, aférrate a la esperanza que se encierra entre Génesis y Apocalipsis porque todo lo demás de este mundo es pasajero, pero Dios y Su Palabra son eternos.

Día 18

SALMO 77

«Cuando estoy angustiado, recorro al Señor...»
(Sal. 77:2).

En muchas ocasiones me he encontrado ansioso por una avalancha de temores que llegan a mi vida. Todo inicia con un solo pensamiento que me lleva a otro y eso corre de forma vertiginosa hasta convertirse en un caos mental. Hace unas semanas enfrenté una crisis de salud y llegó a mí el temor a la muerte, a la orfandad de mis hijos y a todas las dificultades familiares que eso conllevaría. Todos estos escenarios me angustiaban profundamente.

Asaf, el escritor de este salmo, nos abre las puertas de su alma en sus escritos, nos muestra cómo un creyente maduro también enfrenta temores. No importa cuántos años tengas en la vida cristiana. No importa cuánta teología conozcas. Llegará el momento

de la adversidad y la angustia nacerá en tu corazón. Sin embargo, el Salmo 77 nos muestra esta gran verdad: *la angustia es una realidad a pesar de nuestra teología, pero nuestra teología nos rescata de la realidad de la angustia.*

En este salmo, vemos una progresión en la condición del salmista. Primero, nos expresa su angustia profunda (vv. 1-6). Él conoce las obras de Dios. En el pasado, ha orado, meditado y cantado la verdad de Dios, pero nada de esto quitaba su tortuosa angustia. Durante las noches, su fe era sofocada hasta sus últimos respiros. Después, llega a las preguntas que inician su despertar (vv. 7-9). Comienza a hacer preguntas sobre el carácter del Dios inmutable y esto lo lleva a una ventana donde resplandece la belleza del Creador. Las preguntas se detienen en el versículo 10, ya que si avanzan, Asaf solo caerá en un abismo de incredulidad. En la última sección del salmo, vemos cómo su teología lo rescata de la realidad de la angustia (vv. 11-20).

En los primeros 6 versículos, hay 18 referencias a Asaf («me», «mi», «yo») y solo 6 referencias a Dios. A partir del versículo 11, encontramos 21 referencias a Dios y solo 1 referencia a sí mismo. ¿Cuál fue la clave? *Asaf dejó de verse a sí mismo en su angustia y se enfocó en el carácter de Dios (su teología).* Tomó la decisión de actuar. Eligió dejar de ser víctima de sus sentimientos. La mente y la voluntad entran en escena. El corazón le entrega el control a la mente. Cuando Asaf toma esta decisión, deja de centrarse en sí mismo y en sus circunstancias para enfocarse en su Dios Todopoderoso.

Te comparto tres aplicaciones prácticas de este salmo:

En medio de tu angustia, no alimentes tu ansiedad. Detén tu mente y deja de cultivar los temores que causan tus circunstancias.

En medio de tu angustia, enfócate en Dios. No centres tus oraciones en tus peticiones, heridas, necesidades y sentimientos. Pregúntate quién es Dios y deja que tu teología te rescate de tu angustia.

En medio de tu angustia, profundiza en tu fe. Las pruebas son parte del proceso en el que Dios desarrolla tu fortaleza espiritual. La esperanza no es que tu angustia se vaya, sino que tu fe en Dios crezca.

Día 19

SALMO 6

«El SEÑOR ha escuchado mis ruegos; el SEÑOR
ha tomado en cuenta mi oración»

(Sal. 6:9).

Cuando ponemos nuestros ojos sobre el Salmo 6 nos encontramos las palabras de alguien en una condición de aflicción extrema.

Nos encontramos al salmista expresando la necesidad de la misericordia de Dios sobre su vida, admitiendo que su alma se encuentra muy turbada, y preguntando al Señor: «¿Hasta cuándo?».

Esa expresión nos da a entender que no llevaba tan solo un día afligido y que posiblemente no tenía la seguridad de que fuera a terminar en breve su lucha. Así se encuentran muchos en nuestros días, ante todo lo que enfrentamos, preguntando al Señor: «¿Hasta cuándo?». Observan que los problemas y las dificultades no termi-

nan, que la epidemia no remite, que el dolor y la aflicción siguen un día más y encuentran su alma turbada. Y como veremos ahora no era una tristeza ligera.

«Cansado estoy de sollozar; toda la noche inundo de lágrimas mi cama, ¡mi lecho empapo con mi llanto!» (v. 6).

Esta no era una tristeza ligera, sino un dolor intenso en el corazón.

Nada en esta vida nos garantiza que el sufrimiento no vaya a llamar a nuestras puertas. Ni tan si quiera el Señor, pues el propio Cristo nos prometió que en este mundo tendríamos aflicción.

Enfermedades, la pérdida de un ser querido, momentos duros y llenos de dificultades, entre otras cosas, son consecuencia de un mundo caído, y algo que no solo afecta a los incrédulos, sino que también alcanza muchas veces al pueblo de Dios.

Sin embargo, cuando esas cosas llegan, mientras el incrédulo crece en su rebeldía y furia, o mientras incluso se llena de ira y desespero, la seguridad del creyente es otra totalmente distinta.

«El SEÑOR ha escuchado mis ruegos; el SEÑOR ha tomado en cuenta mi oración» (v. 9).

En medio de todas las cosas que podamos enfrentar, nosotros, el pueblo de Dios, sabemos algo, y es que el Señor escucha nuestro clamor.

Hermano, hermana, no sé cuánto durará, pero sé que el Señor está viendo tu aflicción y escuchando tus oraciones.

No sé cuándo terminará, pero sé que el Señor atiende tu clamor y está cuidando de ti.

Aun en medio de todo debemos tener siempre una garantía y una seguridad, que a pesar del dolor, hay una voz que nos susurra cálidamente al oído: *Sigo contigo, te veo y te escucho en medio de todo.*

El Señor está con Su pueblo y en eso está nuestra confianza y seguridad.

El todopoderoso y soberano Dios está cuidando de nosotros.

Día 20

SALMO 78

«Pueblo mío, atiende a mi enseñanza; presta oído a
las palabras de mi boca»

(Sal. 78:1).

Como resultado de la pandemia, muchas escuelas alrededor del mundo han cerrado sus puertas. Aunque los niños disfrutaban sus primeros días de vacaciones, pronto la cruda realidad de estar encerrados en la casa genera una tediosa monotonía que desespera a hijos y a padres por igual. ¿Qué hacer tantas horas con nuestros hijos? En vez de verlo como algo molesto, padres cristianos, debemos aprovechar esta maravillosa oportunidad para influir en la vida espiritual de nuestros hijos e inculcarles las verdades maravillosas de un Dios asombroso.

En el Salmo 78, el salmista Asaf siente una profunda preocupación por las generaciones venideras. Mira a su alrededor y observa

que muchos hijos de Israel no adoran ni obedecen a Dios. Cuando considera el pasado, detecta que la tendencia de Israel ha sido a rebelarse contra Dios. Y no quiere que las generaciones venideras sean como sus antepasados: una generación obstinada y rebelde, fluctuantes, e infieles a Dios (v. 8) que se dieron a la fuga en el día de batalla (v. 9) e incumplieron el pacto (v. 10).

Asaf sugiere una receta para evitar que el patrón se repita. ¿Cuál es la solución? Contarles las maravillosas proezas de Dios (v. 4). Cuando un padre fascinado por la grandeza de Dios habla con sus hijos de las asombrosas obras de Dios, se contagiarán de su fascinación y esto los llevará a confiar en Dios, serle fiel y obedecer sus mandamientos (v. 7). Los motivará a transmitir este conocimiento y corazón apasionado a sus propios hijos (v. 6).

Como Asaf, nosotros también notamos cómo no logramos transmitir nuestra fe a las siguientes generaciones. ¿Por qué sucede? Porque los padres no tenemos corazones maravillados con Dios. No hemos meditado profundamente en sus asombrosas proezas. Asaf recuerda a Israel cómo Dios los sacó de Egipto (v. 12), partió el Mar Rojo (v. 13) y los protegió en el desierto (vv. 14-16). Nosotros también podemos recordar a nuestros hijos cómo Dios nos libró de la esclavitud del pecado por la persona de Cristo y nos trasladó a Su reino y provee todo lo que necesitamos.

Asaf destaca la paciencia y misericordia de Dios. A pesar de la rebeldía reiterada de Israel, Dios fue paciente con ellos, recordando que eran polvo y deteniendo Su ira una y otra vez (v. 38).

Seguramente en estos días de estrés y monotonía, fallaremos. Pero tenemos un Dios paciente que nos perdonará cuando fallemos.

Asaf concluye el salmo destacando la solución que Dios había dado a la repetida desobediencia de Su pueblo: escogió un rey para pastorear expertamente a Su pueblo (vv. 70-72). David fue un gran rey que guio al pueblo a obedecer a Dios, pero incluso el gran David fracasó. Pecó. Y después murió. Por ello Dios envió al gran Hijo de David para que sea el Buen Pastor y transforme nuestros corazones rebeldes. En estos días, padres, hablemos mucho de las proezas que Dios hizo en Cristo. Contagiemos a nuestros hijos con Su grandeza. Entonces creerán en nuestro maravilloso Dios, lo alabarán y obedecerán.

Día 21

SALMO 4

«En paz me acuesto y me duermo, porque solo tú,
SEÑOR, me haces vivir confiado»

(Sal. 4:8).

Recuerdo que cuando era niño mi papá repetía conmigo el último versículo del Salmo 4 después de orar y antes de dormir: «En paz me acuesto y me duermo, porque solo tú, SEÑOR, me haces vivir confiado» (v. 8). Pero, la pregunta es: ¿qué es lo que Dios hace en nuestra vida que nos hace vivir confiados y que nos deja dormir tranquilos cada noche?

Todos hemos experimentado cosas que nos estresan. Cosas en las que estamos pensando todo el día y que luego nos quitan el sueño. Para David, en este salmo, la preocupación principal era la difamación y hostilidad de sus enemigos (v. 2). ¿Cuál es la solución a las preocupaciones diarias de la vida? Este salmo nos

muestra 5 cosas.

1. **Busca al Dios justo (v. 1a).** David sabe que Dios es la única fuente para obtener justicia en su vida. Finalmente, en Jesús, David recibió la justicia de Dios (Rom. 3:25-26)
2. **Recuerda el pasado (v. 1b).** David había experimentado ya la gracia de Dios y Su protección. Parte de su paz venía simplemente de recordar la fidelidad de Dios en el pasado. Dios nos invita a recordar Su fidelidad en la historia, especialmente en la encarnación, muerte y resurrección de Su Hijo.
3. **Reconoce tu necesidad (v 1c).** David necesitaba misericordia también, tanto como sus enemigos. Él reconocía que él también era pecador.
4. **Ama a tus enemigos (v. 4a).** No sé si David tuvo oportunidad de expresarles personalmente a sus enemigos su deseo para con ellos, pero por lo menos aquí lo expresa. Él quiere que se arrepientan, y que su arrepentimiento los lleve a obras que glorifiquen a Dios. Mediten en sus corazones sobre la santidad de Dios, arrepíentanse, y vivan para él. No sabemos si ellos se arrepintieron, pero sí sabemos que amar a sus enemigos tuvo un efecto santificador en la vida de David. A veces nuestros problemas con otros no están diseñados por Dios para cambiarlos a ellos, sino a nosotros, sus hijos.
5. **Encuentra un mayor gozo (v. 7a).** ¿Qué importa lo que otros piensen de mí? Lo único que importa realmente es lo que

Dios piensa de mí. David sabe que él es el ungido de Dios, y su gozo proviene de la realidad de ser aceptado por Él. Como descendiente de David, Jesús es el verdadero ungido de Dios, y en Él encontramos la confianza absoluta de que «... el Señor me escucha cuando lo llamo» (v. 3b).

Las posesiones y el reconocimiento de este mundo no son nuestra esperanza. Nuestro gozo no depende de lo temporal, sino de lo eterno. Aunque muchos cuestionen la bondad de Dios por las tribulaciones presentes, David sabe que la bendición final de la gloria de Dios es suya (v. 6). Es por eso que podemos dormir en paz hoy, aun cuando sea nuestra última noche de vida. En Jesús, podemos vivir confiados cada día.

Día 22

SALMO 23

«El SEÑOR es mi pastor, nada me faltará...»
(Sal. 23:1).

Los truenos sonaban estrepitosos. Yo tenía tan solo unos cinco años, y en aquel entonces el cuarto en donde dormía se encontraba en la parte trasera de la casa, al final de un pasillo largo. Mis padres dormían en el extremo opuesto de la casa, lo que en esa noche me parecían kilómetros de distancia.

Yo tenía miedo. Así que hice lo que cualquier niño de esa edad haría: pedí a mi mamá a gritos. En ese momento de miedo, quizás olvidé que mis padres, aunque no los podía ver, verdaderamente se preocupaban por mí y no dejarían que nada me pasara.

¿Alguna vez te has sentido así? Probablemente. Tendemos a olvidar que Dios cuida de nosotros. El Salmo 23 nos recuerda que,

puesto que Dios es nuestro Pastor, podemos confiar en Él.

En este salmo, el más famoso de la Biblia, primero observamos que *Dios es nuestro confortador*. Él es el el Pastor que suple aquello que nos falta (v. 1). Cuando necesitamos descansar, Él es capaz de proveer nuestro descanso (v. 2). Es el único que trae verdadero confort a lo más profundo de nuestro ser, y nos guía por el camino correcto (v. 4).

Varias veces mi GPS ha provocado que me pierda. Puesto que es impersonal, el GPS no sabe cuándo me está enviando por un camino peligroso (¡cosa que me ha sucedido más de una ocasión!). Pero ¿sabes algo? Con Dios no es así. Él nos guía correctamente, y conforta nuestra alma cuando más lo necesitamos.

Segundo, este salmo nos recuerda que *Dios es nuestro protector*. Invertimos mucho dinero en protección. Protegemos nuestros autos, nuestras casas, y compramos seguros médicos. Pero si eres creyente, sabes bien que, si bien es correcto ser prudentes y hacer lo que nos toca con respecto a estar protegidos, al final estamos en las manos de Dios. Y si es Su voluntad que pasemos por un valle de sombra, no tenemos por qué temer: «... tú estás a mi lado» (v. 4).

No hay nada que te suceda que no haya sido planeado por Dios para que crezcas en santidad y en el conocimiento del Dios altísimo. Incluso Job, después de todas sus calamidades, y de recibir consejos no muy atinados de parte de sus amigos, al final reconoció: «De oídas había oído hablar de ti, pero ahora te veo con mis propios ojos» (Job 42:5).

Finalmente, este salmo nos enseña que *Dios es nuestro proveedor*.

Incluso si somos tratados con injusticia, Dios provee justicia final delante de quienes nos hicieron algún mal (v. 5a). La provisión del Señor es tal que podemos decir como el salmista: «... has llenado mi copa a rebosar» (v. 5b). Por si eso fuera poco, la bendición de Dios para con sus hijos es continua (v. 6a), tanto que se extiende a toda la eternidad, cuando moremos con Dios en la nueva tierra, donde podremos habitar con Él (v. 6b).

Pues aquella noche de truenos, después de mis gritos, apareció mi madre al final del pasillo. Lo último que recuerdo de esa memoria es cuando corrí a sus brazos.

Si te sientes abrumado, puedes estar seguro de que Dios está al final del pasillo. Puedes correr hacia Él y te recibirá en sus brazos. En nuestros momentos de mayor dificultad, podemos confiar en Dios, nuestro Pastor. Somos ovejas de Su prado. Dios no se ha olvidado de ti. Estás en sus pensamientos. Pon tu confianza en el Pastor de tu alma.

Día 23

SALMO 19

«Los cielos cuentan la gloria de Dios, el firmamento
proclama la obra de sus manos»

(Sal. 19:1).

Hay momentos donde quedamos cautivados por la hermosura de las cosas. Cuando vemos una obra maestra de la arquitectura, admiramos al arquitecto. Cuando somos sorprendidos por la belleza capturada en una obra de arte, admiramos y aplaudimos al pintor. ¿Cómo reaccionamos cuando contemplamos la creación que nos rodea? O tal vez la pregunta debería ser: ¿será que nuestras distracciones y ansiedades nos quitan la oportunidad de disfrutar de la creación? Dios nos diseñó para que, al levantar nuestros rostros, nos deleitemos en Su grandeza.

Tal vez la grandeza de Dios despierta ideas de poder divino e inmensidad. Finalmente, levantas tu rostro y solo piensas en lo

grande y trascendente que es el Creador de todas las cosas. En el universo existen un billón de estrellas en cada galaxia. Solo en nuestra galaxia tomaría tres mil años contarlas (claro, si pudiésemos contar una estrella cada segundo) y cada una de ellas ha sido colocada soberanamente por Dios. Pero ¿para qué?, ¿para qué tanta grandeza si nos sentimos abandonados?

El poder de Dios solo nos dice cómo Dios creó, pero no nos da el por qué. Si levantamos nuestros rostros una vez más, Salmo 19:6 nos dice que el sol que Dios creó y colocó no solo existe, sino que da luz, calor y vida a la creación. Las nubes preparan la lluvia que hace crecer los frutos de la tierra. Así que, ¿qué exactamente proclaman los cielos? El amor y la bondad de Dios. Él está atento a Su creación. Él ha contado los cabellos de nuestras cabezas. Ni el volar de los pajarillos ocurre sin Su cuidado. Nuestro Dios cuida de todas las cosas porque Él sostiene todas las cosas en Su Hijo Jesucristo.

¿Por qué fallamos en ver la actividad de Dios en medio nuestro? Porque nuestros ojos están fijados lejos de Dios. Cuando el alma de una persona no está fijada en Dios, entonces está fijada en angustias y afanes, aun si estas cosas son de apariencia hermosa. La habilidad de poder entender lo que ocurre a nuestro alrededor, especialmente en medio de las dificultades, solo es posible si estamos cerca de Dios a través de Su palabra. Es en Su palabra donde nos revela cuál es el deber y cuáles son los mandatos para el hombre. He aquí uno de los grandes tesoros de la vida cristiana: las Escrituras son puras y rectas, y obedecerlas trae florecimiento y deleite. Si al despertar estamos

cargados por el peso y demanda que ellas tienen sobre nuestra vida, no hemos entendido lo que Dios nos ha dicho. La palabra de Dios nos hace sabios, sus mandamientos son justos, alumbran los ojos y alegran el corazón. David ha encontrado gran deleite en ella, mucho más que en el oro y la miel.

Levanta tu rostro otra vez, mira el sol, la luna y las estrellas, y recuerda que ellas están ahí porque Dios ama y porque Su amor ha sido extendido para que lo disfrutemos. En esta gloria vemos grandeza y amor, deleites para los hijos de Dios.

Día 24

SALMO 121

«Mi ayuda proviene del SEÑOR, creador
del cielo y de la tierra»
(Sal. 121:2).

De niña no sabía por qué este era mi salmo preferido. Cada vez que lo leíamos en la iglesia empezaba a llorar; era como si este salmo describiera lo que sentía y pensaba de Dios que no podría poner en palabras. Una seguridad inundaba mi corazón. Nada pudo haberme advertido que, al guardar las palabras de este salmo en mi memoria, me encontraría recordándolas con lágrimas en medio de los tiempos que vendrían de soledad, dificultad, confusión, incertidumbre y tristeza. Estas palabras evocaban una declaración de lo que ya creía, pero que aún necesitaba creer más. Me hacía sentir, y aún lo hace como aquel hombre honesto que respondió a Jesús «Sí creo... ¡ayúdame en mi poca fe!» (Mar. 9:24). Este es también

uno de los dos salmos que junto a mi abuela, aun en la distancia, separadas por océanos y países, recitamos y que la demencia senil que afecta su mente y su memoria, todavía puede proclamar con su mente y corazón.

Este es un salmo de ascensión de las personas que recorrían el empinado camino a Jerusalén, que estaba ubicado en la altura y lo recitaban como una oración y un recordatorio a sus propias almas. En la Biblia, Dios da consistentemente la orden de recordar y no olvidar a Su pueblo. No debían olvidar quién es Él y lo que Él había hecho. Cuando lidiamos con tiempos de ansiedad e incertidumbre, un salmo como este aterriza nuestros corazones en la tierra firme de la Palabra. Al fin y al cabo, somos extranjeros y advenedizos en la tierra. Sin embargo, más alto que la ciudad de Jerusalén que estaba por delante, a los viajeros se les recordaba que sus muchos viajes no tendrán comparación con los viajes de la vida.

Haber memorizado las palabras de este salmo ha sido un depósito imprescindible en tiempos de angustia. En medio de la amenaza que el coronavirus ha causado, el mundo ha cambiado su ritmo (oremos para que cambien muchas cosas más profundas y valiosas). Mi boda debía ocurrir esta semana y ha quedado pospuesta indefinidamente. Después de esperar más de cuatro décadas para conocer y unirme a la persona por quien he orado, y de que mis planes sean interrumpidos, Dios no se inmuta, no cambia, no se mueve. Tampoco nadie que ponga sus pies sobre el camino eterno

será removido. Nuestros planes pueden cambiar, pero el camino permanece seguro. Esta es una esperanza para viajeros por esta tierra cuyo destino eterno es cada vez más atractivo.

Ahora sé por qué amaba tanto este salmo. Explica perfectamente el sentimiento de un viajero inseguro y la declaración de confianza en el Dios seguro. Un viajero vulnerable a los imprevistos del camino, que puede refugiarse en el Dios invulnerable quién no se moverá. Un viajero quien en la incertidumbre puede confiar en un Dios certero, que sabe no solo el rumbo, sino que diseña cada parte del camino a transitar. Un Dios que no se cansa, que no duerme ni se distrae mientras los viajeros pueden disfrutar el viaje porque Dios es quien construye el camino y conduce a los viajeros de esta tierra hacia el descanso eterno que nos da paradas de descanso de este lado de la eternidad. Esta noche, a pesar del coronavirus, de la economía mundial, del cansancio emocional, tú puedes dormir porque Dios no duerme. Puedes dormir en el tren o el avión del camino porque Dios pilotea a salvo.

Día 25

SALMO 130

«Escucha, Señor, mi voz. Estén atentos tus oídos
a mi voz suplicante»
(Sal. 130:2).

El Salmo 130 es uno de los siete salmos penitenciales o de confesión que encontramos en la Biblia. En el salmo, el corazón del salmista sufre por causa de su pecado. Y, aunque son unos pocos versículos, tenemos mucho que aprender de la conciencia del pecado y de la seguridad del perdón.

En medio de nuestro pecado podemos tener la tendencia de escondernos de Dios. Nos sentimos avergonzadas y sufrimos las consecuencias, sin acudir a Él por temor a que voltee Su rostro por causa de nuestra maldad. Pero esto no es lo que vemos aquí.

Quien escribió estos versículos sabía que, aun en lo profundo de su dolor, podía clamar a Dios y Él lo iba a escuchar (vv. 1-2).

Porque hay un solo lugar en el que nuestros corazones pueden ser sanados. Hay un solo lugar en el que podemos encontrar perdón para nuestras transgresiones. Y es en la presencia de nuestro Padre celestial. Aun habiendo cometido los pecados más horribles, podemos correr a sus brazos en busca de socorro.

Pero el salmista tenía algo muy claro: «Si tú, SEÑOR, tomaras en cuenta los pecados, ¿quién, Señor, sería declarado inocente?» (v. 3). Ciertamente nadie podría estar de pie delante del Señor, nadie podría ser declarado inocente frente a Él por su pecado, a menos que la cruz fuera una realidad: «Pero en ti se halla perdón, y por eso debes ser temido» (v. 4).

Por la obra de nuestro Señor Jesucristo nosotras podemos permanecer de pie delante de Dios. ¡Por Su obra tú y yo podemos ser declaradas perdonadas porque Él pagó nuestra deuda! (2 Cor. 5:21). Cada pecado fue clavado en la cruz del Calvario y por eso podemos ser perdonadas y restauradas.

Por la gloriosa cruz, luego de habernos arrepentido y confesado nuestro pecado delante de Dios, podemos responder como el salmista: «Espero al Señor, lo espero con toda el alma; en su palabra he puesto mi esperanza» (v. 5). Esperamos en Él mientras nos sumergimos en la Palabra, y lo conocemos más a Él y sus caminos. Es ahí, por el poder de Su Espíritu y a través de Su Palabra, que nuestros corazones son sanados, restaurados y transformados.

Al pecar, recuerda que puedes correr en arrepentimiento a los brazos de tu Padre y esperar en Él, porque Jesús compró tu perdón y libertad.

Día 26

SALMO 45

«Tu trono, oh Dios, permanece para siempre;
el cetro de tu reino es un cetro de justicia»
(Sal. 45:6).

Reinos van y reinos vienen. Es probable que sepamos de algunos reinos humanos que aún están vigentes, monarquías que quizás tienen siglos de existir, pero ninguno de ellos es perfecto y ninguno de ellos es eterno.

Este salmo, con un sentir de gozo y celebración, revela la eternidad del trono de Dios, un reino eterno y perfecto. Revela a Cristo como el Rey porque Dios lo ha coronado y bendecido para siempre. También revela algunos aspectos de Su carácter, como Su veracidad y humildad, pero Su símbolo de autoridad es la justicia: «Tu trono, oh Dios, permanece para siempre; el cetro de tu reino es un cetro de justicia» (v. 6).

Nuestro Dios es un Dios justo, que ama la justicia y aborrece la maldad. Su reino se caracteriza por ello. Los versículos 6 y 7 revelan a este Mesías como el Rey eterno y el ungido de Dios.

Cristo está presente en cada página de la Biblia. Desde la eternidad hasta la eternidad, Su reino es inmutable y eterno. Y ¡qué maravilloso recordatorio de que en ese reino eterno estaremos nosotras al lado suyo! Somos parte de Su Iglesia, de Su novia, por quien Él espera, por quien dio Su vida y por quien volverá.

«La princesa es todo esplendor, luciendo en su alcoba brocados de oro. Vestida de finos bordados es conducida ante el rey, seguida por sus damas de compañía. Con alegría y regocijo son conducidas al interior del palacio real» (vv. 13-15).

Ya que Cristo nos limpió, nos rescató y nos vistió con vestiduras blancas y espera por nosotros para la boda real, las bodas del corde-ro, los que somos Su iglesia, Su novia, estamos siendo conducidos para ser parte de Su reinado. Este mundo es temporal, pero Su reino es eterno.

Y mientras estamos en esta tierra, a la espera de la gloriosa venida de nuestro Señor Jesucristo, anunciemos Su reino, Su mensaje, de generación en generación.

Su nombre es perpetuo y digno de exaltación por los siglos de los siglos. Tengamos esto en nuestra mente y corazón: Su reino es eterno y algún día moraremos con Él, a Su lado por siempre.

Día 27

SALMO 34

«Bendeciré al SEÑOR en todo tiempo; mis labios siempre lo alabarán» (Sal. 34:1).

David escribió este Salmo en los días cuando fingió demencia ante Abimelec, estaba huyendo de Saúl y se refugiaba con otro montón de hombres desdichados en una cueva. Solo digamos que la mayoría de nosotros, no preferiríamos recurrir a la adoración en días así, sin embargo, David seguía cantando, practicando lo que aprendió a hacer desde que era un simple pastorcito. Él comienza este salmo con las siguientes palabras: «Bendeciré al SEÑOR en todo tiempo; mis labios siempre lo alabarán» (Sal. 34:1). Esa línea de apertura, aparentemente simple, delata una visión clara: David está en la posición correcta como criatura y siervo. Dios, por Su lado, es su Señor y Dueño, digno de ser adorado por quién es: la Roca eterna e inmovible. En el solo acto de reconocer nuestra situación de-

lante de Dios hay una ganancia tremenda porque significa que, en medio de circunstancias tan complicadas e indeseables, podemos descansar en la integridad y perfección de nuestro Padre.

David continúa declarando que su alma se gloria o jacta en Dios y, por lo mismo, puede admitir sus temores, que seguramente son muchos en ese momento. David, en esta situación, me recuerda a otro gran hombre de Dios: Pablo, quien escribió en la carta a los Gálatas: «En cuanto a mí, jamás se me ocurra jactarme de otra cosa sino de la cruz de nuestro Señor Jesucristo» (Gál. 6:14). Si nos detenemos a examinar a las personas más fructíferas en el Reino, este es un común denominador: reconocer su debilidad y dejar ver la fuerza de Dios. Nosotros podremos sentirnos como sea y estar rodeados de lo que sea, pero siempre podremos gloriarnos en quién es Dios y quizás esta sea la manera más poderosa de abrir paso para testificar al mundo que nos ve. La manera completamente sincera en que David se acerca al trono del Dios vivo frente a ese montón de hombres conflictuados, es lo que le permite en seguida invitarlos a que «prueben y vean que Dios es bueno» y decirles que refugiarse en Él es una dicha. Solemos pensar que los afligidos que nos acompañan en nuestra propia cueva necesitan nuestra habilidad, fuerza y un buen humor que ignore las circunstancias, para poder infundirles ánimo y confianza, pero en la Escritura no se nos prohíbe sentir lo que tengamos que sentir, sino más bien, se nos invita a procesarlo delante del Señor y los salmos son prueba de esto. Vemos a David, un hombre que en este punto ya tenía un

liderazgo impresionante, que nunca pierda la sensibilidad de venir transparentemente para «afinar» su corazón ante Dios y en ese mismo ejercicio, incluir una invitación para los que están viendo su aflicción y la confianza en su Dios. Quizás nuestro mayor aporte en días de oscuridad sea nuestro clamor sincero y nuestra vulnerabilidad confesada mientras adoramos al Poderoso de Israel. Si el Señor está cerca de los quebrantados de corazón, de los que ya no quieren cantar, mostrarles nuestro quebranto no es mala idea; si salva a los de espíritu abatido, confesarlo es un buen paso.

Día 28

SALMO 136

«Den gracias al SEÑOR, porque él es bueno;
su gran amor perdura para siempre»
(Sal. 136:1).

Son pocos los seres humanos que no sienten un apretón de emoción en su corazón al escuchar una historia de lealtad y amor que salta barreras e ignora faltas para salvar o proteger al objeto de su amor. A la mayoría nos conmueve escuchar de una madre que, a pesar de las palabras y acciones hirientes de su hijo, siempre busca ayudarlo y proveer para él. Una joven anhela que un hombre la ame y atesore a pesar de sus defectos físicos. Todos valoramos la lealtad y amor fiel de un amigo que sacrifica lo suyo para apoyarnos en un momento de necesidad y vulnerabilidad. Fuimos creados para anhelar ser amados, y con la capacidad de amar.

Si le preguntáramos a 100 personas que dicen creer en Dios cuál es el atributo más conocido de Dios, la gran mayoría contestaría, «amor». Dios es amor.

El problema es que cuando las cosas se empiezan a poner feas en la vida, no me siento amada. Cuando las estructuras alrededor mío que siempre han provisto de estabilidad relativa se empiezan a derrumbar, no me siento protegida. Cuando personas que siempre han sido proveedores y protectores no son leales, o simplemente ya no están ahí, mis sentimientos y sentidos me dicen que ya no soy objeto de amor.

Y escucho las mentiras de Satanás porque no he entendido el verdadero carácter del amor de Dios.

En el Salmo 136, tenemos una de las frases más hermosas y llenas de significado para el creyente en toda la Biblia. Una y otra vez se repite la misma frase, como un refrán que hace eco en los hemisferios del cerebro y con cada repetición penetra un poco más profundo. Mientras el salmista relata la hermosa historia de la salvación de Israel, esta frase grita repetidamente la explicación, la causa, la fuente de esa salvación. «Su gran amor perdura para siempre» (Sal. 136:1-26).

Todo lo que Dios ha hecho por Su pueblo se basa en Su carácter, en esta cualidad que es única de Él. El significado es tan profundo que aparentemente es difícil de capturar en la traducción al español. Dejemos que el trabajo de traductores a lo largo de la historia amplíe nuestro entendimiento de esta pequeña frase. «Porque para

siempre es su misericordia» (RVR60). «Porque su amor es eterno» (DHH). «Su fiel amor perdura para siempre» (NTV). «Su misericordia permanece para siempre» (RVC).

El Dios creador del universo y de cada ser humano tiene un carácter tal que Él no puede dejar de ser leal y fiel a sus promesas. El amor que Él tiene hacia sus hijos es 100 % confiable y no tiene límite. Es un amor de pacto, un pacto que no puede romperse. Podemos repasar la historia de nuestras vidas y ver esa lealtad y amor infalible, y podemos confiar que es imposible que ese amor y misericordia fallen. El carácter inmutable de nuestro Dios de pacto es el fundamento sobre el cual incontables creyentes han podido perseverar con esperanza en medio de incertidumbre, peligro y angustia. Tú y yo no somos la excepción. Deja que esta pequeña y enorme frase retumbe en tu mente en medio de cualquier dificultad: «Su fiel amor perdura para siempre».

Día 29

SALMO 16

«Cuídame, oh Dios, porque en ti busco refugio»
(Sal. 16:1).

Este Salmo es referenciado más de 20 veces en el Nuevo Testamento (Hech. 2:27-31; 13:35; Apoc. 1:18) y al observar estas referencias directas cumplidas en la vida y obra de Cristo, estamos sin duda alguna ante un salmo mesiánico. Sin embargo, podríamos preguntarnos: «¿Cómo puedo comparar la vida y el sufrimiento de Cristo al mío?». Algunos pensamos que es algo pretencioso hacer esto. Otros, sin darnos cuenta podríamos minimizarlo ante el peso de Su divinidad. Al presentarse ante Dios, el salmista recurre a una razón y con una actitud irrechazable: la razón es que en Dios busca su refugio, impulsado por una actitud de humildad. El salmista no recurre a sus propios méritos o fidelidad. Muchos estamos acostumbrados a decir las cosas correctas y confiamos en esto al acercarnos a Dios.

El problema es que el Mesías, en Su vida y obra sería caracterizado por Su descanso y confianza en Dios mismo y el hacer Su voluntad. Por otro lado, nosotros no podemos hacer esto.

Nuestra suerte, futuro, destino y cada paso entre los hitos perdurables y significativos están formados por «mosaicos»: días, horas, eventos, acciones que pueden parecer insignificantes. Aun así, cada uno de ellos están en el designio y bajo el control soberano y diseño de Dios (ver 2 Cor. 1:3-7).

En este Salmo, David reconoce a Dios y sus atributos perfectamente reflejados en Cristo encarnado: Dios protector (v. 1), Señor sobre todo, soberano (v. 2), fuente de toda riqueza y bien (v. 2), Dios de justicia y venganza (v. 4), Dios mismo como herencia y recompensa de los que le aman (v. 5), Dios sustentador (v. 5), Dios que aconseja (v. 7), Dios que guía, va delante (v. 8), fuente de seguridad (v. 9), Dios que destruye y vence la muerte (v. 10), Dios de resurrección (v. 10), Dios de vida (v. 11), Dios de gozo (v. 11), Dios eterno (v. 11).

Aquellos que hemos conocido a Cristo y le reconocemos como Señor sobre nuestras vidas, tenemos la esperanza de que, en la unión con él, no solo Su sufrimiento es el nuestro, sino que todas las riquezas en gloria y esperanza las tenemos en Él. Él vino para dar vida en abundancia y esa vida no inicia de aquel lado de la eternidad cuando la muerte cambia nuestro estatus de residencia. Esa vida en Cristo, que recibimos no solo por Su muerte, sino por Su resurrección, la recibimos al momento de nuestra conversión. Somos

beneficiarios de una esperanza que no se ve amenazada por ningún enemigo, circunstancia y no es dejada al azar. Es una esperanza que descansa y está garantizada por el amor del nombre de Dios, Su reputación, porque es parte de quién es Él y Él no compromete Su reputación ni Su fama. No es por nuestras bondades ni por nuestras debilidades, sino por amor a sí mismo y a Su gran nombre. Es la mejor garantía que podemos tener y en la cual nos deleitamos, no cuando iniciemos la eternidad en gloria, sino desde ahora. Porque sus deleites son para siempre, en Cristo.

Día 30

SALMO 2

«... ¡Dichosos los que en él buscan refugio!»
(Sal. 2:12).

Cuando mi hijo pequeño tuvo un resfriado, me sentí completamente impotente. Él mismo no parecía entender lo que le sucedía a su cuerpo: el dolor, la fiebre, la tos. Todos nosotros hemos tenido algún resfriado alguna vez. Al escribir esto, me sorprende pensar que un virus microscópico, algo que no podemos ver con nuestros propios ojos, nos debilita de tal modo que terminemos en la cama sin nada qué hacer.

En estos tiempos me he dado cuenta de que algo pequeño, como un virus, puede doblar no solamente a una persona, sino a naciones enteras. Cuando sucede algo así, cuando incluso las instituciones más poderosas se ven rebasadas por algo tan pequeño, pudiera ser inevitable pensar: ¿quién está a cargo?

¿Será que el gobierno está a cargo? Parece que no. ¿Quizás la medicina y la ciencia es la respuesta? Tampoco. ¿Nosotros mismos? Mucho menos.

El Salmo 2 señala claramente quién es el que está a cargo: Dios. Este salmo mesiánico (es decir, que predice y apunta hacia el Mesías, Jesucristo) proclama que ninguna de las naciones poderosas puede salirse del señorío del Cristo, el Mesías de Dios (vv. 1-3).

Aunque las naciones piensen que pueden salirse del reinado y soberanía de Jesucristo, eso es absolutamente imposible. Dios está en Su trono y nada lo puede sacar de allí.

Es ese Dios, sentado en el trono, quien ha decretado a Jesucristo como Su Hijo eterno (v. 7), como el heredero del mundo, el único que puede regir a las naciones con juicio y justicia (v. 8-9).

Así que cuando tu vida parece salirse de control, hay alguien que siempre estará en absoluto y completo control. El mismo Dios que estableció a Su Hijo Jesús como el rey del mundo, es el mismo que gobierna sobre las naciones.

Y también sobre tu situación.

Puede ser que en tiempos así tu alma se vea invadida por la duda. Estamos acostumbrados a tener las cosas bajo control. O por lo menos, eso intentamos. Y cuando repentinamente algo sucede, y esas cosas que malabareábamos con aparente destreza caen al suelo y se estrellan en pedazos, recordamos algo que deberíamos saber, pero frecuentemente olvidamos: no estamos en control. No somos los reyes de nuestro propio imperio.

Cuando Dios nos lleva hasta allí, debemos levantar nuestra mirada al cielo, al lugar en donde nuestra mirada debería siempre estar, y poner nuestra confianza en Dios.

Tú puedes confiar en ese Dios. De hecho, el salmo termina diciendo: «... ¡Dichosos los que en él buscan refugio!» (v. 12). Así que el salmista proclama una bienaventuranza sobre aquellos que depositan su confianza en el Dios verdadero.

Quiero animarte a que, por la gracia, obedezcas a la voz de Dios que te dice: «Confía en mí».

Sí, confía.

ÍNDICE DE CONTRIBUYENTES

Astorga, Carlos.....	Día 7
Barceló, David.....	Día 8, 13
Barrios, Josué.....	Día 6, 12
Bello, Wendy.....	Día 1, 17
Bixby, Mateo.....	Día 16, 20
Bixby, Susi.....	Día 14, 28
Díaz, Nathan.....	Día 21
Elizondo, Emanuel.....	Día 22, 30
de Fernández, Karla.....	Día 26
de López, Aixa.....	Día 27
Martinez, Jeanine.....	Día 2, 24, 29
Mercado, Joselo.....	Día 9, 15
Montemayor, Giancarlo.....	Día 4
Namnún, Patricia.....	Día 25
Rosario, Joel.....	Día 5, 23
Vaz, Juan Manuel.....	Día 3, 19
Zepeda S., Luis B.....	Día 11, 18